MARES, CIUDADES, NAVEGACIONES[1]

JOSÉ CARLOS ROVIRA
Universidad de Alicante

Desde la perspectiva de alguien a quien le gusta el mar, y le atraen las ciudades, y cree que ama todavía la literatura lo suficiente como para que pueda servir de guía, ficcional o no, en esta navegación por el mar desde o hacia la ciudad, están escritas las páginas que siguen. El problema de este texto era, en cualquier caso, cómo organizar un material amplio, tan amplio como el mar, y que obtuviera una coherencia que superara el fragmentarismo descriptivo, el tener delante citas y recuerdos que pudieran encontrar la fórmula de organización adecuada para que no nos perdiésemos en la sucesión de fragmentos. No creo haber encontrado la fórmula y, por eso, voy a recurrir a dos principios de organización de los textos sobre los que quiero hablar. Los dos principios tienen que ver con lo que hace un viajero: en la primera parte de la misma voy a enviar cinco postales, en la segunda parte voy a invitar a viajar por el mar hasta ciudades.

CINCO POSTALES[2]

Primera postal: Constantino Kavafis y la ciudad que nos persigue siempre

Al empezar a organizar las notas dispersas, unos versos de Constantino Kavafis daban vueltas en la memoria y en la mesa de trabajo. Dicen así:

---

[1] La base del texto es una conferencia pronunciada en Julio de 1998 en el Seminario "Paisaje interior, paisaje construido", en la sección "La ciudad y el mar: imágenes y representaciones", organizado y dirigido por el Profesor José Ramón Navarro Vera. A la hora de construirla como texto decido mantener el orden de aquella exposición.

[2] He dudado sobre la necesidad de identificar editorialmente los textos que acompañan estas cinco postales. Pero ningún viajero tiene a mano los libros y, desde luego, no suelo acompañar la correspondencia, cuando cito algo, con notas identificadoras a pie de página. En cualquier caso, todos los textos proceden de un curioso librito, un cerillero doble de los de cocina, que contiene cien fragmentos poéticos en su interior. Las traducciones son del poeta mexicano García Terrés, fallecido hace un par de años, y quien tuvo la amabilidad de regalarme, entre otros libros, este curioso objeto poético: *100 Imágenes del mar (I y II)*, Selección y algunas versiones por Jaime García Terrés, México, Ed. VerdeHalago/ El Colegio Nacional, 1993.

Nuevas tierras no hallarás, no hallarás otros mares.
Tras de ti vendrá la ciudad. Darás vueltas en las mismas calles.
Y en las mismas barriadas te irás haciendo viejo;
y en medio de las mismas casas emblanquecerás.
Siempre en esta ciudad. Para otros sitios
-abandona la esperanza-
no hay barco para ti, no hay ruta.

El "lasciate ogni speranza" dantesco es la advertencia de Kavafis para todos aquellos que queramos abandonar la ciudad que, a fin de cuentas, nos va a acompañar siempre. Se va a venir con nosotros. Hay en estos versos como una maldición de ciudad, que provoca una imposible singladura. La representación de la ciudad que nos acompaña siempre, que imposibilita la liberación a través del mar, que imposibilita la novedad de un encuentro, es una representación simbólica que contradice el intento liberador de los poetas navegantes. El pesimismo se aúna a la imposibilidad de navegar. Un poeta contemporáneo, Carlos Sahagún, lo definió en *Primer y último oficio*:

Los navíos no partirán
Las islas remotas no existen,

pero no voy a hablar sobre la búsqueda de islas imposibles, porque de islas tenemos colmadas las medidas. Hablo sólo ahora de la ciudad que nos persigue siempre, en la que estamos condenados a envejecer al lado del mar que no va a permitir que nos liberemos. Esta representación pesimista es mi primera postal, emitida un día de julio de este año desde cualquier parte.

Segunda postal: Eugenio Montale, la Marina de Porto Corsini y la carencia de memoria

Estoy recordando a un contemporáneo como Eugenio Montale:

Fue allí donde el puente de madera
incide en alta mar, en Porto Corsini,
y unos hombres casi inmóviles arrojan
y recobran las redes. Con un movimiento
de la mano apuntaste a la otra orilla

invisible, tu tierra verdadera.
Despues, seguimos a lo largo del canal
hasta llegar a la laguna brillante de hollín,
en la planicie donde ya se sumergía
una primavera inerte, sin memoria alguna.

La navegación de una orilla a otra, desde Porto Corsini a la orilla opuesta, invisible y verdadera, nos lleva a la tierra sin memoria, otra de las posibilidades de nuestro viaje marítimo. Ya estoy en la otra orilla, pero la ciudad sigue persiguiéndome en mis propias espaldas. Porto Corsini se mete casi en alta mar, con sus pescadores y sus redes; allí, tras surcar la laguna, en medio de una primavera inerte, me encuentro sin memoria. Os quiere en esta segunda postal enviada también en julio desde cualquier canal que conduce al olvido.

Tercera postal: Pierre Reverdy, los ojos desde los suburbios miran al mar

Al fondo de las cúpulas sin límites de los suburbios
Los ojos que se abrieron allí aguardan
Las estrellas incendiándose en la noche descienden
Todos los ojos tienen prisa
Los astros desprendidos
Y resbalan los barcos
desgarrando la mar con su fuego encendido.

Seguimos el viaje. Esta ciudad brillante de estrellas, suburbial, con miradas que observan la noche y el mar me ha conmovido. Los ojos apresurados buscan los astros y los barcos. El viaje se detiene. La ciudad animada por ojos que buscan luces nos permite un tiempo de reflexión y de quietud. Recupero en él otra postal de viaje que recorre siglos de búsqueda marina de otros puertos. Es la que envío a continuación.

Cuarta postal: Vicente Huidobro y los emigrantes

En este viaje aparece una postal que es prefiguración de las navegaciones narradas que voy a contar luego. Una postal poema de Vicente Huidobro que dice así:

Estrellas eléctricas
Se encienden en el viento
Y algunos signos astrológicos
Han caído al mar
Ese emigrante que canta
Partirá mañana
Vivir
Buscar
Atado al barco
como a un horóscopo
Veinte días sobre el mar

Bajo las aguas
nadan los pulpos vegetales

Detrás del horizonte abierto
El otro puerto

Entre el boscaje
Las rosas deshojadas
iluminan las calles

Alguna vez nos hemos sentido emigrantes en la búsqueda de aquellas estrellas eléctricas que marcan la atracción y el camino. Veinte días sobre el mar para llegar al final a rosas deshojadas que iluminan calles. Os mandaré estrellas eléctricas desde el arribo, cuando termine de surcar este horizonte abierto, cuando termine de surcar el tiempo como ahora. Pero en estos momentos deseo permanecer en el mar desde donde os envío la quinta postal.

Quinta postal: Apollinaire y la ciudad sumergida

No estoy finalmente en la Atlántida. Estoy en cualquier otra ciudad sumergida, viendo gigantes marinos con Apollinaire:

Los gigantes cubiertos por las algas pasaban en sus villas
submarinas donde las torres solas eran islas

y este mar con la lucidez de sus profundidades
impulsaba la sangre de mis venas y el latir del corazón...

La ciudad en el fondo del mar es otro mito recurrente y contemporáneo. Viejos mitos se articulan en él. Viejas historias. Lo que me importa es que el mar en la villa submarina impulsa mis venas y mis latidos. Pienso que la postal tardará en llegar a su destino. Enmudezco tras escribirla.

VIAJES.

De todas formas, dejemos momentáneamente de navegar por la poesía porque la misma nos permite decir casi todo; dejemos al menos de navegar dispersamente porque, de seguir así, no vamos a llegar a ninguna parte. Les propongo que realicen conmigo algunas singladuras narrativizadas y, por deformación profesional, les propongo América como destino.

Viajes marítimos e históricos hacia la ciudad.

Prometo que no voy a contar otra vez aquella navegación histórica de Colón hacia Cipango y Katay, atraídos a su imaginario continuo por la lectura de *Il milione* de Marco Polo. No voy a contar que donde buscaba ciudades y palacios el almirante encontró naturalezas, en donde buscaba orientales con sedas encontró indios desnudos, en donde buscaba naos y puertos comerciales encontró bellísimas bahías sin urbanizar. No lo voy a contar pero sí quiero afirmar que es la primera gran búsqueda urbana, y su fracaso, al toparse con un continente en medio, genera la historia moderna, que es la historia de la ciudad inencontrada y por eso mismo construida. Desde 1492 hasta aquí los navegantes, al cruzar el Atlántico, observaron primero naturalezas y luego, conforme fueron surgiendo éstas, se encontraban ya ciudades. De la navegación a la ciudad quiero hablar.

Omito esa Edad Media y primer Renacimiento tan repletos de navegaciones por el Mediterráneo que se constituyó en "Mar de amor". A esa metáfora dediqué hace años un trabajo titulado "Fahent camins duptosos per la mar. A propósito del topos de la navegación de amor"[3], en donde reflexionaba

[3] Cfr. José Carlos Rovira, "Fahent camins duptosos per la mar. Acerca del topos de la navegación de amor", *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, Madrid, Editorial Castalia, 1992, vol.4, págs. 311-323.

sobre ese espacio del amor que constituía el mar, el nuestro, el de aquí cerca, donde desde Barcelona a Nápoles, desde Marsella a Génova, surcaban naves que creaban el comercio y permitían a metafóricos enamorados ir al encuentro de metafóricas amadas. Una ensoñación de mar se unía en mares de amor, con vientos y tempestades que ayudaban o impedían la singladura al destino del amor: a la amada que esperaba a aquel esforzado navegante para quien el destino se construía como navegación. Además, no voy a contar esto ahora, porque no están las ciudades en la construcción de la metáfora. Los puertos son allí puertos sin ciudades. Desde los poetas provenzales a los mares de amor de Juan de Dueñas, o de Ausiàs March, o de Boscán, no hay al final de la navegación ciudad y sólo hay amada.

La ciudad después del mar, entrevista desde él, aparece más tardíamente. Me ha llamado la atención su presencia, como óptica visual y descriptiva, en viajeros que después del cansancio de la navegación lenta por el Atlántico van descubriendo ciudades. Pero insisto en que esta perspectiva la he encontrado muy tarde.

Al principio no se ve la ciudad.

Seguramente porque casi no existe. Tras el espacio de Crónica de Indias, que es fundacional y significa otra cosa -una llegada y recorrido por naturalezas, en donde los espacios urbanos precolombinos no están cerca del mar- ya en el siglo XVI aparece la llegada de los primeros viajeros. Yo creo que la diferencia entre el conquistador y el viajero está precisamente en que este último no es descubridor, va siempre a un espacio definido, colonizado y por lo tanto urbanizado. Irving Leonard dedicó una jugosa antología al tema titulada *Viajeros por la América Latina Colonial*[4], en donde el primero de todos ellos, Fray Tomás de La Torre, cuenta pormenorizadamente su travesía en 1544 hasta México. Su llegada el 9 de septiembre a la ciudad de Santo Domingo no tiene más descripción que la comitiva que se forma para recibirlos y el alojamiento en el convento de su orden, donde "el padre provincial mandó que todos comiésemos carne y dispensó también en los ayunos, porque veníamos muy necesitados de la mar".

Los viajeros recogidos por Leonard -Gaspar de Carvajal en 1524

[4] Irving Leonard, *Viajeros por la América Latina colonial*, México, FCE, 1992.

recorriendo el amazonas, Roberto Tomson entre 1555 y 1556 en México, Antonio Vázquez de Espinosa en 1615 a Cajamarca, Perú, o Francesco Gemelli Careri en 1697 hasta Acapulco, y otros- no tienen descripciones urbanas desde el mar. Alguno sí da un apunte de interés, que sin constituir una imagen, indica la construcción de una ciudad, como el viajero Francesco Carletti, que entre 1594 y 1596 escribió sus apuntes que crearon su *Razonamiento de mi viaje alrededor del mundo*. En la actual Colombia, en Portobelo, anota:

> *El cual puerto, precisamente cuando yo pasé por él, se comenzaba a dar orden de poblar y edificar su ciudad, y, por el contrario, de deshacer la de nombre de Dios, que estaba hecha toda de casas de madera situadas en un lugar lo más malsano y dañoso que se pueda imaginar, e incómodo y carente de toda clase de comodidades para vivir...*

Las visiones de Alejandro de Humboldt

Fue el naturalista y geógrafo alemán Alexander von Humboldt el fundador americano de una óptica urbana desde el mar a comienzos del siglo XIX. Los volúmenes de su *Viaje a las regiones equinocciales*[5] abrieron una nueva perspectiva en la descripción científica de espacios y, en lo que nos interesa aquí, en el vislumbre marítimo de ciudades. Recordemos la memoria de su llegada a La Habana y la incitación a mirar la ciudad:

> *El aspecto de La Habana, cuando se entra en su puerto, es uno de los más rientes y de los más pintorescos que pueden gozarse en el litoral de la América equinoccial, al norte del ecuador. Este lugar, celebrado por los viajeros de todas las naciones, no tiene el lujo de vegetación que adorna las orillas del río Guayaquil, ni la salvaje majestad de las costas rocosas de Río de Janeiro, puertos del hemisferio austral, pero la gracia que, en nuestros climas, embellece los paisajes de naturaleza culta,*

[5] Alejandro de Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente hecho en 1799 hasta 1804 por A. de Humboldt y A. Bompland, redactado por A. de Humboldt: continuación indispensable al Ensayo Político sobre el reino de la Nueva España*, París, 1826, 5 vol.

se mezcla aquí a la majestad de las formas vegetales, al vigor orgánico que caracteriza la zona tórrida. Solicitado por tan suaves impresiones, el europeo se olvida del peligro que le amenaza en el seno de las ciudades populosas de las Antillas; trata de entender los elementos diversos de un vasto paisaje, contemplar esas fortalezas que coronan las rocas al este del puerto, ese lago interior, rodeado de poblados y de haciendas, esas palmeras que se elevan a una prodigiosa altura; esta ciudad, medio oculta por una selva de mástiles y los velámenes de las naves [...] Aquí, como en nuestras más antiguas ciudades de Europa, sólo con suma lentitud se logra enmendar el mal trazado de las calles .

Las suaves impresiones que vivía el viajero europeo eran la nueva óptica de un observador que llegaba además a un entorno urbano que iniciaba su desarrollo. Eran una invitación a mirar desde el mar una perspectiva duradera de la ciudad. Se fundía la sensación de llegada por el mar con la primera imagen del arribo. Pero acerquémonos ya a navegantes más contemporáneos.

El navegante que llega a una ciudad: Santiago Rusiñol, 1910

Me interesan cada vez más las conjunciones de memoria que un escritor y pintor puede realizar. Hace unos meses me puse a releer a Santiago Rusiñol. Buscaba una llegada próxima a la ciudad desde el mar y creo que éstas son abundantes en la literatura de fin de siglo, cuando los trasatlánticos surcan los mares con viajeros. Desde los años cuarenta de nuestro siglo esta óptica ha ido decreciendo y hoy sería más abundante la perspectiva de ciudad instantánea que construye en unos segundos nuestro descenso a un aeropuerto. No hay la lentitud majestuosa de la aproximación de un trasatlántico. Todavía en mi juventud recuerdo algunas aproximaciones a Génova al amanecer en el barco que salía desde Barcelona. Más recientemente también la noche me ha llevado a Montevideo a lo largo del Plata. Y me ha devuelto otra noche a Buenos Aires en donde intentaba encontrar, entre otras cosas, la óptica de Rusiñol. Vayamos al viaje del pintor y escritor catalán.

En Marzo de 1910, Santiago Rusiñol viajó a Argentina. Sus seis meses de recorridos por Buenos Aires y por el país serán recordados en un libro que apareció en Barcelona en 1911, *Del Born al Plata*[6].

El viaje

La importacia de *Del Born al Plata* procede, como es habitual en los libros de viajes, de la personalidad del viajero. El libro tiene la característica de la valoración de Josep Pla como "algo inconsistente, pero es un buen libro". Vamos a pasar revista a los episodios y escenarios principales de su viaje y llegada.

Los capítulos iniciales narran el viaje en un barco llamado Argentina, repleto de emigrantes italianos, a los que presta una atención continuada durante la travesía:

> *También tienen un acordeón, ese acordeón del emigrante que se oye en todos los puertos, que va llorando de mar en mar, que lleva una tristeza salobre, una melancolía de horas y un lamento de tierras, que no se sabe dónde están; también tienen acordeón, pero deben tocarle para llorar, porque en aquel rincón no se ríe nadie...*

Las imágenes de la tristeza se unen a las reflexivas sobre la pobreza:

> *Visto, en conjunto, aquel montón de hombres tiene el color grisáceo de la gente que no es de ninguna parte; ese desteñido confuso que hace que los pobres sean iguales en todo lugar donde hay miseria, ese color de hombre apagado. Vistos por encima, sube de ellos un vaho de rancho y de munición, un calor de caldera, una tibieza de hospital. Las mantas, aquí, son pedazos de mantas [...] todos caminan hacia esa América que*

[6] Santiago Rusiñol, *Del Born al Plata*, Barcelona, Antoni López, 1911. Casi al mismo tiempo apareció la traducción castellana: *Un viaje al Plata*, traducido del catalán por Gregorio Martínez Sierra, Madrid, V. Prieto y compañía, 1911. Los fragmentos que cito son de la traducción de Martínez Sierra.

tan generosa debe de ser cuando abre los brazos a tanta miseria.

La dinámica de la emigración a comienzos de siglo sigue construyendo imágenes de la primera parte de la travesía, hasta la despedida de las costas peninsulares, la entrada en el gran mar, la llegada al puerto de Tenerife, la despedida para surcar finalmente un itinerario descrito como "mar, mar y siempre mar", donde las olas y las nubes son las únicas que distraen la monotonía, hasta la afirmación cromática del pintor:

¡Basta de mar, que el abusar, aunque sea de azul, no está bien por muy sufrido que uno sea!,

para entrelazar a los discursos de la monotonía las propias reflexiones, en las que se plantea preguntas con humor sobre lo que acabarán encontrando al otro lado del mar:

¿qué habrá en la otra orilla, en aquella América que está tan lejos? ¿Es como nos la contaron nuestros padres cuando éramos niños? ¿Habrá negritos de verdad, de los que no destiñen? ¿Será cierto que los americanos, cuando empiezan a andar, se ponen leontina con pedrería como la que traen colgada cuando vienen? ¿Será verdad que para merendar, cuando se encuentran dos amigos, en las pampas, matan un búfalo, y dejan todo lo que les sobra menos la piel,que emplean para hacerse zapatos? ¿Es tan virgen el país como aseguran? ¿Es cierto que los loros van por el mundo hablando de sus cosas...?

Las interrogaciones cubren un espacio de humorística incertidumbre, hasta llegar a la afirmación de que el viajero, ante la tardanza del encuentro, "no está seguramente en ninguna parte" y que, probablemente, "América es un fantasma". Algunos de los personajes de la travesía (una inglesa que hace apuntaciones en un cuaderno, un violinista viejo y fracasado, las mujeres de los emigrantes) van poblando el cuadro de la monotonía del viaje marítimo, hasta el paso del ecuador, o el avistamiento de la primera tierra americana, Río de Janeiro, donde una breve escala permite las primeras anotaciones de ambiente

urbano de América. A Rusiñol le llaman la atención algunos tipos humanos como los negros y su abundancia, y su presencia natural, elegante hasta la ridiculez, contextualizados aquí de forma diferente a la que ha visto en Europa, donde "siempre los habíamos visto uno a uno, y siempre con librea".

La reflexión sobre un teatrillo humano descubierto desemboca en la primera impresión de una ciudad, que deja la sensación de improvisada: "Hay una Gran Vía inmensa, colosal, bien cuidada, bien urbanizada, pero de las casas... no hablemos [...] Todo parece hecho provisionalmente, como si hubiesen tenido prisa, o esperasen un terremoto, o tuviesen que cambiar de terreno".

La impresión de la ciudad está condicionada de todas formas por la premura de la partida, y hay entonces una sensación de visión externa frente a la detenida e íntima que va buscando:

> *Los trasatlánticos tienen eso: como se detienen tan poco rato, no se puede ver más que lo principal, y lo principal de todas partes suele ser tan sólo lo aparatoso, lo amplio, lo grande, pero nunca lo íntimo, lo escondido, lo silencioso [...] que es precisamente donde se esconde la belleza.*

La bahía de Santos continúa un viaje que es ahora la reconstrucción de un escenario real, una naturaleza, a través de los recuerdos de las láminas de infancia de *Alrededor del mundo*, en una reconstrucción en la que la memoria va pasando páginas que desde el barco Rusiñol va viendo en realidad:

> *Un platanar mojando sus frutos en el agua; allí, unos negritos bañándose como anguilas americanas; a la derecha, un cocotero altísimo, con cuatro plumas en lo alto, balanceándose con toda indolencia; a la izquierda, una montaña virgen, donde no cabía un arbolito más: allí, una casita como de cartón con cuatro pajas encima; aquí, una maleza espesa como un colchón...*

Pero las imágenes de naturaleza dan paso inmediatamente a la llegada a la ciudad de Santos y a una curiosa teoría urbanística:

Tampoco aquí tenemos mucho tiempo para visitar la población. Estos trasatlánticos llevan una prisa como si les fuesen persiguiendo, pero la población es de las que pudieran llamarse de juego de ajedrez: poblaciones de cuadratura, o mejor dicho, poblaciones de etcétera...; se hace una calle y se pone un etcétera, queriendo decir que todas las demás son iguales; se toma la medida de una casa, y etcétera..., medida una, medidas todas: se ve un barrio y etcétera... pronto, poniendo etcéteras, se da uno cuenta de todo. Estos pueblos inspirados en las libras de chocolate, tienen la particularidad de la ausencia absoluta de toda estética. Aquí no pidáis ni flores, ni arte, ni otras tonterías...

La monotonía de la ciudad nueva, surgida de la nada, a través del desarrollo y pujanza del puerto de Santos, uno de los más importantes de Brasil, configura esta visión de la ciudad, a partir de la cual, mediando una tempestad, el viaje está llegando a su fin.

Aquella línea era Buenos Aires.

La llegada a Buenos Aires de Rusiñol asume la visión de la modernidad prevista: el cambio de color en las aguas a la entrada al Río de la Plata, los barcos que van y vienen por el caudaloso río que es casi un mar, plantean una llegada lenta en la que el pintor se dedica a desentrañar "una línea como un hilo finísimo de azul claro":

Aquella línea era Buenos Aires. De aquella línea fueron saliendo a medida que nos acercábamos unas imperceptibles humaredas que se fueron convirtiendo en niebla; unas agujas delgadísimas que se fueron tornando chimeneas; cincuenta, cien centenares de puntos que se fueron tornando cúpulas y alminares y campanarios, y apareció la ciudad como una llanura de casas extendiéndose hasta lo infinito.

La visión de Buenos Aires de Rusiñol, curiosamente, anticipa conocidas

visiones de los años 30 de la ciudad de la modernidad americana, como la que aparecía en octubre de 1930 en la revista *Caras y caretas:*

> *Erizada de torres, la ciudad proclama en la altura el vigor de un pueblo. Ya tiene la corona gris de las grandes metrópolis, gris de humo -fundido con gris de nubes- como Londres, como París, como las gigantescas urbes de mundo...*[7]

Y América, esa América de la modernidad imitativa de la del Norte, la modernidad con mayúsculas, se convertía así también en el sueño del viajero contemporáneo que buscaba en las ciudades del Nuevo Mundo la redención de la propia pobreza.

La navegación a la ciudad imposible

En este caos de la memoria me ha venido a la cabeza otro recuerdo que a lo mejor nos hace avanzar en nuestra navegación: Leonardo Sciascia, que se murió pronto, allá por el 91, es de los autores que me resultan cada vez más imprescindibles para nuestra conciencia contemporánea. Predijo con tristeza narrativa un tiempo italiano en el que todavía estamos.

En 1973 recopiló una serie de relatos con el título *El mar de color de vino*. Uno de ellos tiene que ver con el mar y la ciudad de una forma que, como veremos, abruma en los días que vivimos. Se titula "El largo viaje"[8]. Comienza narrando a una serie de viajeros agrupados de noche en una playa, con el miedo del sonido del mar que algunos no han visto nunca hasta ahora:

> *Allí estaban, con sus maletas de cartón y sus líos de ropa, de pie sobre la playa pedregosa [...] Habían llegado al atardecer y habían partido al alba de sus pueblos; pueblos interiores, alejados del mar, apeñuscados en la árida comarca del feudo. Algunos de ellos veían el mar por primera vez y se espantaban*

---

[7] Tomo la cita de Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1998, pág. 13.

[8] *El mar de color de vino,* Barcelona, Bruguera, 1980, págs. 21-31 (ed. italiana, 1973).

ante la idea de tener que atravesarlo entero, desde aquella desierta playa de Sicilia, de noche, hasta llegar a otra playa desierta de América, también de noche.

Porque el trato había sido exactamente ese, de una playa a otra, de un continente a otro, clandestinos con la tierra prometida ante los ojos, con la playa clandestina como forma de llegar inmediatamente a la ciudad salvífica:

en la playa de "Ñuyorsi" -dice así el texto- os desembarcaré. A dos pasos de "Nuevayor"...Y quien tenga parientes en América puede escribirles que le esperen en la estación de Trenton, doce días después del día del embarco...

Las doscientas cincuenta mil liras que deben pagar:

A modo de escapularios las llevaban entre la piel y la camisa. Habían vendido. Habían vendido todo cuanto tenían para vender, todo lo que habían podido rebuscar: la casa de adobes, el mulo, el asno, los acopios de todo un año, los armarios, las mantas...

El comienzo del viaje se desarrolla con amenazas continuas del patrón del vapor, con noches sofocantes de vómitos, olor a pescado y a gasolina, con miedo a una mar que sin embargo creían "un llano de verdes mieses cuando lo agita el viento", la llegada expectante y esperanzada en la undécima noche, cuando

En un primer momento creyeron que pobladas constelaciones habían descendido al mar como rebaños. En cambio, eran pueblos, pueblos de la rica América que, como joyas, brillaban en la noche...

Las dudas de alguno de los emigrantes sobre ante dónde estaban son contestadas por el patrón de la embarcación, y por la mirada severa y resentida de sus compañeros:

-¿Pero es que habéis visto en vuestra tierra un horizonte parecido a éste? ¿Pero es que no sentís que el aire es distinto? ¿No veis cómo brillan estos pueblos?

La seguridad en el desembarco provoca alegría, y hasta alguna canción que se apaga por la exigencia de seguridad, provoca un desconcertado descanso en una playa, y una sucesión inmediata de signos alarmantes, una "cincuencento" en la carretera próxima a la playa, una pregunta a un automovilista por parte de la avanzadilla de los emigrantes por la estación de Trenton, y una respuesta desagradable, en perfecto siciliano, como el canto de un carretero, o el letrero de un pueblo llamado Santa Croce Camarina. Efectivamente, habían desembarcado en Sicilia.

Pero la broma de Leonardo Sciascia, perfecta, cargada de italianos como los que antes iban con Rusiñol en el vapor Argentina, no nos puede hacer olvidar en los tiempos que corren, al margen de la broma, a los africanos que se embarcan en viajes imposibles, en pateras mortuorias, en busca también de la ciudad imposible, cargada de luces brillantes, de pueblos que en las costas parecen estrellas. De estrellas dramáticas que guían a la muerte.

Dario Fo, en el mar, contra la ciudad hispanoamericana

Me he reído recientemente con *Johan Padan en el descubrimiento de las Américas*[9], que el actor, dramaturgo y premio Nobel de Literatura en 1997 Dario Fo publicó para conmemorar 1992 y el V Centenario. Es una historia disparatada, con héroe disparatado: un pícaro que huye de Venecia por mar, para evitar ser quemado por la Inquisición, hasta que llega a Sevilla:

¡Date cuenta qué destino! Dice realmente la verdad el proverbio: "El miedo que te sopla en el culo es el mejor viento, que hincha las velas y te hace viajar velozmente". ¡Veinticinco días y llegué a Sevilla. Grande y hermosa ciudad con cúpulas rojas y de oro de los moros. ¡Eh! En cuanto desembarco, allí, en el muelle del puerto, hay un rimero de leña y, encima, cuatro herejes sentados que arden tranquilamente...

[9] Dario Fo, *Johan Padan en el descubrimiento de las Américas*, Barcelona, Seix Barral, 1992.

Este Johan Padan, que ha salido de Herodes para caer en Pilatos, consigue embarcarse en el segundo viaje colombino y emprender su aventura americana: naufragios, inquisidores, conquistadores e indios, sexo, cantos religiosos enseñados a los indígenas para que parezcan buenos van configurando un liderazgo que Padan consigue reafirmar en la península de La Florida:

> *...el veintiuno de mayo de 1513 llegamos a la vista de Catchoches, a orillas del mar. Era una "ciudad" como la llamaban los españoles, con un fuerte y un puerto...un barrio con torres y murallas y, adentro, muchos esclavos indios encadenados. En la plaza había horcas con ahorcados colgados...*

Pues bien, Johan Padan organiza una trampa al mando de ocho mil indios y consiste, dejando a siete mil fuera, en presentarse ante el Alcaide Mayor de la ciudad, quien les dice que van a trabajar cargando naves en el puerto y cortando maíz en los campos lo que provoca una alegría falsa

> *¡Viva! ¡Trabajamos! ¡Por fin trabajamos! Y venga a bailar felices,*

y después una huida nocturna de la ciudad. La aventura concluirá con un enfrentamiento y una victoria de los indios y Padan que consigue que huyan los españoles de la ciudad y de la Florida. El texto es una broma contra la ciudad civilizadora y los civilizadores históricos. Disparatada como he dicho.

Para concluir

Ésta es mi versión del mar y la ciudad. Quizá carezca de hermenéutica, de método, de trabazón, de coherencia. Parece una navegación por Internet de un buscador enloquecido que ha ido juntando fragmentos de ciudades sin más método que el encuentro.

Pero a lo mejor quiero reafirmar para concluir una coherencia. Y un consejo: entregaos siempre al mar y a la ciudad sin un plan previo. Que las

imágenes vayan poniéndose delante de los ojos sin determinarlas previamente, que sean los recuerdos los que intervengan y asocien, los que construyan las intenciones de la representación. Si alguien finalmente me pregunta qué he querido decir, sólo le responderé con mi invitación al mar y a la ciudad. Con mi fuga a ciudades imposibles, con las postales que son siempre elementos de ternura, con algunos viajeros históricos que marcan la aproximación a la ciudad de la modernidad, con emigrantes que construyen una metáfora de la ciudad y la esperanza. Sólo eso he querido decir, quizá porque de los sonidos del mar y de los sonidos de la ciudad no he encontrado más que sentidos y sonidos que son interiores, que se expresan mal, que se representan mal externamente.

No sé evidentemente cómo concluir. Quizá pueda hacerlo sólo enviando otra postal. Se la pido prestada a Ítalo Calvino, el de *Las ciudades invisibles*[10]. Una vez el Gran Kan ha soñado una ciudad marítima y se la describe a Marco Polo:

> *El puerto está expuesto al Septentrión, en la sombra. Los muelles son altos sobre el agua negra que golpea contra los cimientos; escaleras de piedras bajan resbalosas de algas...*

El sueño marítimo y urbano descrito ampliamente por el Gran Kan es a su vez una invitación a que Marco Polo parta para explorar todas las costas y busque esa ciudad, y regrese para decirle si su sueño era verdad. La respuesta de Marco Polo es el texto que acompaña a mi postal última:

> *Perdóname, señor; no hay duda de que tarde o temprano me embarcaré en aquel muelle, pero no volveré para contártelo. La ciudad existe y tiene un simple secreto: conoce sólo partidas y no retornos...*

Y de partidas, no de retornos, es de lo que estamos hablando a comienzos de este verano, con los calores de esta ciudad y las brisas de su mar.

[10] Italo Calvino, Las ciudades invisibles, Barcelona, Minotauro, 1974.